

hay en que, tocándoles á ellos escoger, han escogido «por motivo ó consideración de favor ó de secta», en vez de atender á las condiciones que la función pedía. Lo único viable, hoy por hoy, y mientras no cambien las condiciones políticas de España, es que, si quieren aproximarse los intelectuales libres de uno y otro mundo y colaborar en la obra común de la cultura, lo hagan sin contar con el Estado. ¿Hay iniciativas *sociales* bastantes para acometer la obra? Á los americanos toca contestar en primer término (1).

IV

La influencia norteamericana

El proyecto de Universidad hispanoamericana fracasó y no ha vuelto á hablarse de él. No es lo malo que fracasara, sino que nadie ha pretendido sustituirlo con otro medio de penetración en América ó de comunicación intelectual con aquellos países.

Mientras tanto, los norteamericanos, substancialmente prácticos en toda su conducta, preparaban un sistema de dominación intelectual en la América latina. Expresiones de ese sistema son los viajes hechos en Sud-América por diferentes profesores de Universidades yanquis y por varios políticos de la gran República del Norte, como el doctor Rowe, de Pensilvania, y Mr. Root, así como las excitaciones dirigidas á la opinión de su país por Mr. John Barrett, ministro norteamericano en la Argentina. El más reciente de esos viajes es el del profesor de la Columbia University, William R. Shepherd. De Shepherd he hablado, no hace

(1) Véase el Apéndice IV.

mucho, relatando un viaje suyo á Oviedo y una interesantísima conversación que con él sostuve, á propósito de la historia de América, y de la cual salí ganando, aparte enseñanzas, una amistad de las más cordiales y firmes. Quienes hayan leído aquel artículo, sabrán que el profesor Shepherd, americanista de gran autoridad, investigador asiduo en el Archivo general de Indias, hispanófilo de buena ley, no es uno de esos eruditos de tierra extraña que se aplican á estudiar nuestra historia con prejuicios de antipatía, sino con criterio profundamente científico, que es tanto como decir imparcial, ya que la llamada imparcialidad histórica no es más que la objetividad realista en la visión y la sinceridad absoluta en la exposición de lo visto. No es tampoco Shepherd un anglosajón orgulloso, de los que creen á pie juntillas en la total superioridad de su raza sobre todas las otras, á la manera de un Desmolin que, sin ser anglosajón, les «ha hecho el artículo» muy bonitamente, en un libro de más fama que mérito. Shepherd sabe lo que vale y puede su país; pero no desprecia á los otros, ni desconoce lo que cada cual aporta ó puede aportar—por condiciones naturales de su espíritu—á la obra común de la civilización. Por todo esto, se halla en aptitud perfecta para estudiarnos, no sólo á los españoles, sino á todos los pueblos de sangre hispana, para entenderse con ellos y para hacerles justicia á todos. Y no digo lo que antecede por lisonjearlo; lo digo para demostrar el acierto con que ha sido escogido para la misión á que ahora me refiero. Á él se le pueden aplicar las dos frases típicas de ingleses y yanquis: es «The right man in the right place» ó «The best man for work», ó sea el hombre pintiparado para la función que se le confía.

¿Y cuál es esa misión? Voy á definirla con datos directos de la prensa norteamericana. El profesor Shepherd es enviado por su Universidad, de acuerdo y con los auspicios del State Department y el Bureau of American Republics, de Wáshington, para dar á conocer en las Repúblicas hispanoamericanas el sistema educativo de los Estados

Unidos y estrechar relaciones intelectuales con los hombres cultos de aquéllas, principalmente con el profesorado. «No nos conocemos mutuamente, á pesar de hallarnos tan próximos—dice el mismo Shepherd—. Ellos alegan que los americanos (los yanquis) sólo los visitan para comerciar ó para fines políticos... Realmente, conocen muy poco de nuestro organismo educacional, de nuestros escritores, de nuestra literatura y nuestro arte. Por consecuencia de esto, siguen enviando sus jóvenes á Europa, principalmente á Francia, para que se eduquen.»

Los americanos del Norte quieren desviar esa corriente y encaminarla hacia su país. Tal es el fondo de la misión de Shepherd. El Bureau of American Republics la ha definido, consiguientemente, en estos términos: «El objeto del viaje del doctor Shepherd es cultivar las relaciones personales con los estadistas, literatos y hombres de negocios del Sur de América, y darles á conocer los recursos y condiciones de los colegios y Universidades americanos, con propósito de conseguir una más estrecha relación entre las Repúblicas latinoamericanas y los Estados Unidos... El presidente Roosevelt, el secretario Root y los diplomáticos latinoamericanos, tienen puesto gran interés en el viaje del doctor Shepherd. De esperar es que produzca resultados recíprocos con el envío á nuestro país de escritores sudamericanos.»

No voy á discutir la conveniencia de esa gestión de la cultura y el porvenir intelectual y social de los pueblos hispanoamericanos, y especialmente para la formación de su juventud. Acerca de esto, ellos deben saber más que nosotros, y á mayor abundamiento, el punto lo han discutido ya algunos escritores sudamericanos—verbigracia, Rodó, Quesada, Arreguine—, habida cuenta de las notas que caracterizan el espíritu y la civilización yanqui, comparadamente con los europeos y con las necesidades y condiciones ingénitas del alma latina. En cuanto á la enseñanza y al tipo general de educación—no sólo la intelectual, sino también la moral—, creo que los Estados Unidos

tienen muchas cosas que á todos convendrá conocer y asimilarse; pero también creo que en otras, hoy por hoy, Europa les lleva gran superioridad, en Inglaterra, en Alemania, en Francia misma, y que, en todo caso, lo discreto (cuando la juventud puede salir del terruño á recibir influencias) es no limitarse á una sola, sino buscar en cada país lo mejor que pueda ofrecer, y saltar de cátedra en cátedra, de medio en medio; tomando de cada uno lo que convenga y buscando sólo lo que sobresale, ya que ninguna nación tiene desarrollados por igual todos los órganos y direcciones de su cultura y de su vida. Pero repito que no voy á discutir el problema. Que los Estados Unidos lo aborden, me parece naturalísimo y justificado. En ellos representa una fase más—y por muchos conceptos la que importa sobre todo—de su política americana: é insisto en afirmar que en la enseñanza y en todo el movimiento intelectual de la República yanqui, todos tenemos bastantes cosas que aprender.

Lo que me importa ahora es llamar la atención de los españoles acerca de ese viaje. Seguro estoy de que á muchos se les habrá ocurrido ya que, no los Estados Unidos, sino España, es quien debería haber tomado la iniciativa de esa obra intelectual. Como luego se verá por los datos que expondré, algunos grupos españoles han hecho y siguen haciendo labor en este sentido; pero estos esfuerzos son aislados, no tienen carácter nacional, y menos político ó de los gobiernos, como el del State Department y el Bureau of American Republics, que líneas más arriba he citado.

Esa acción oficial de los Estados Unidos continúa desarrollándose de un modo reflexivo, y buena prueba de ello es el tema que se discutió en la Novena Conferencia anual (Enero de 1908) de la Asociación de la Universidades americanas (1). El tema dice así: *Posibilidades de cooperación*

(1) *The Association of American Universities. The Ninth Annual Conference. Held in Ann Arbor, Michigan, January 9, and 10, 1908. University Chicago Press, 1908. 80 páginas.*

intelectual entre los Estados Unidos y la América latina, y fué su ponente el profesor L. S. Rowe, ya mencionado.

Mr. Rowe comienza por señalar el nuevo espíritu que se advierte en las Universidades hispanoamericanas, y que reaccionando contra la dependencia intelectual en que han estado respecto de Europa, y principalmente de Francia, las orienta en una dirección propiamente nacional. «Merced á la influencia de varios educacionistas, la atención se ha dirigido á considerar los problemas singularmente nacionales, y especialmente el de la necesidad de poner á las Universidades en íntimo contacto con la vida del país.» Así han llegado á la conciencia de este hecho fundamental: que las Repúblicas hispanoamericanas, por su origen y por las peculiares condiciones económicas y políticas en que se ha producido su desarrollo, «presentan un grupo de problemas diferentes en muchos aspectos de los de la Europa continental». De aquí—dice Mr. Rowe—ha nacido un evidente deseo en los directores de la educación en los países sudamericanos de establecer estrecho contacto con el sistema de enseñanza de los Estados Unidos, y especialmente con las Universidades.

Semejante estado de espíritu debe ser aprovechado, en opinión de Mr. Rowe, por sus compatriotas. Nosotros—dice—hemos creído hasta hoy, erróneamente, que las relaciones intelectuales vendrían á su tiempo como una consecuencia del desarrollo de las mercantiles, y hemos aguardado que ese tiempo llegara; pero hay aquí un error profundo. Durante muchos años, Inglaterra ha tenido la primacía en el comercio sudamericano, y no obstante, su influencia intelectual ha sido sumamente débil. Por otra parte, Francia, con muy escasa posición mercantil en América, ha ejercido una poderosa influencia en el pensamiento y en la conducta de aquellos pueblos. Ahora es Alemania la que amenaza suplantarlo á Francia, y esto se debe «al enérgico esfuerzo que tanto el Gobierno como el pueblo alemán realizan para fortificar su posición en esta parte del globo, enviando con igual diligencia sus oficiales á reorganizar los ejércitos

sudamericanos y sus maestros y maestras á reformar las escuelas elementales y superiores». Por eso hoy crece de un modo tan rápido la influencia alemana en Sud América, especialmente en el terreno de la enseñanza, hasta el punto de que «las ideas germanas, la cultura germana y el punto de vista germano dominan hoy en el sistema educativo de las más importantes regiones» de aquel continente.

Contra eso deben reaccionar los Estados Unidos, aprovechando aquella inclinación hacia la República anglosajona que muestran las hispanoamericanas. Para ello hay, además, alguna base en los buenos resultados obtenidos por los pocos establecimientos en que se ha dejado sentir la influencia de los norteamericanos, verbigracia, la Escuela Normal de Paraná.

La acción reflexiva y sistemática que ahora conviene emprender, debe acomodarse, según Mr. Rowe, á estos principios: 1.º Una adecuada preparación de los maestros primarios, en vista de la penetración sudamericana, fortaleciendo el estudio del castellano y de la historia y civilización de aquellos países en las Escuelas Normales, y haciéndoles más ductiles de lo que hoy son para intimar con los latinoamericanos. 2.º Favorecer de un modo enérgico la concurrencia de estudiantes sudamericanos á las Normales y á las Universidades de los Estados Unidos. «Si un grupo de nuestros establecimientos principales estableciera una serie de enseñanzas para los estudiantes hispanoamericanos, esto se interpretaría, seguramente, como la más clara demostración de buena voluntad y de sentimientos amistosos del pueblo americano. Los gobiernos de Sud-América han comenzado á enviar estudiantes á nuestro país, pero el número de los que desean venir es con mucho superior á las plazas concedidas.» 3.º Establecer estrechas relaciones entre las Universidades del Norte y del Sur de América y entre los investigadores individuales de las diversas ramas científicas de ambas comarcas. Este último punto es el que motivó, como ya se ha visto, el viaje del profesor Shepherd; y el mismo Mr. Rowe dice que hizo gestio-

nes en el propio sentido y que obtuvo de las Universidades de La Plata, Chile y San Marcos de Lima la aquiescencia á un acuerdo preliminar sobre estos cuatro puntos: 1.º Establecimiento de un cambio normal de todas las publicaciones universitarias. 2.º Creación, en cada Universidad, de una oficina científica que será como un centro de información de todos los investigadores americanos, un intermediario entre los miembros de las Facultades universitarias que trabajan sobre temas análogos, que organizará trabajos científicos simultáneos internacionales y que suministrará noticias sobre la organización y procedimientos de enseñanza. 3.º La fundación de una oficina de información para estudiantes extranjeros. 4.º La inclusión de lecciones y estudios concernientes al desarrollo de las instituciones políticas americanas, en las cátedras de Historia de América, Derecho constitucional, Derecho administrativo, Economía, Sociología y Legislación comparada.

Mr. Rowe termina exponiendo las ventajas que reportará á los Estados Unidos la relación intelectual con las Repúblicas latinoamericanas. Prescindo de las ventajas científicas y llamaré la atención sobre la de orden político, que no podrá faltar y que probablemente será la que más preocupe á la mayoría. «No está lejano el momento—escribe el profesor Rowe—en que las Repúblicas latinoamericanas, ó á lo menos las más importantes de ellas, serán potencias de real importancia, cuya ayuda habrán de requerir los Estados Unidos para la realización de los ideales de justicia internacional por que vienen luchando hace tanto tiempo nuestros gobiernos. *No podemos esperar ese apoyo sin que hayamos establecido previamente estrechos lazos intelectuales y morales entre ellos y los Estados Unidos.*» Mr. Rowe se apresura á decir después de esto que «el espíritu de unidad continental que debemos tratar de establecer, no implica el menor antagonismo hacia Europa ni hacia las instituciones europeas. Es el simple reconocimiento del hecho elemental de que América podrá contribuir de mejor modo al progreso del mundo,

dedicándose ella misma en primer término, y con unidad de propósito, á los problemas nacionales é internacionales que son peculiarísimos de este continente, ó para cuya solución son especialmente favorables nuestras condiciones.»

La ponencia de Mr. Rowe fué discutida por varios de sus colegas, conformes substancialmente con el profesor de Pensylvania. El señor Stringham, de la Universidad de California, hizo presente que en aquel Estado se estudia mucho el idioma español y que envía muchos de sus titulados á México, especialmente para servir en la industria minera. El señor Reinsch, de la Universidad de Wisconsin, indicó que un medio excelente para alcanzar el fin propuesto, sería establecer el intercambio universitario, mediante el cual se atraería á los Estados Unidos algunos de los principales profesores de Sud-América.

Los señores Remsen y Cross, respectivamente de las Universidades de Johns Hopkins y Yale, hicieron notar la dificultad que procedía—en punto á la concurrencia de alumnos hispanoamericanos á las Universidades yanquis—de la falta de preparación científica que aquéllos traen por lo general; á lo que repuso el señor Laughlin, de Chicago, que esto no era un argumento en contra de las proposiciones de Mr. Rowe, sino fortalecedor de «la oportunidad de transfundir los programas, enseñanzas y métodos de Norteamérica en las instituciones de Sud-América». Mr. Rowe señaló otra dificultad para la penetración en la escasez de profesores que hablen castellano. Una y otra cosa retrasarán el efecto útil de las relaciones que han comenzado á establecerse; pero es sólo cuestión de tiempo.

Como resultado de esta discusión, se votaron las siguientes conclusiones:

«Se autoriza al Comité ejecutivo de la Asociación para formular y realizar todo lo que conduzca á: 1.º, establecer estrechas relaciones entre las Universidades de la América latina y las representadas en la Asociación; 2.º, establecer igualmente relaciones estrechas entre los investigadores de

las diferentes comarcas del continente americano; 3.º, examinar las condiciones conforme á las cuales los estudiantes de la América latina pueden ventajosamente ser admitidos en las Universidades de los Estados Unidos.»

«Resultando que la presencia de estudiantes de la América latina en las Universidades de los Estados Unidos tiende á establecer lazos estrechos de orden intelectual y cultural entre las diferentes partes del Continente, se acuerda: Que la Asociación de las Universidades americanas verá con gran satisfacción que se adopte un plan mediante el que crezca el número de los estudiantes de la América latina en las Universidades de los Estados Unidos, y desea ponderar el gran servicio que se prestaría con el establecimiento de un sistema de enseñanzas universitarias para los estudiantes latinoamericanos.»

Todo esto aparte, el Comité ejecutivo, en la Memoria presentada á la Asociación, hace constar que está en vías de organización la asistencia á la próxima asamblea de delegados de la América Central y la Meridional; que ya existe una inteligencia de mutua cooperación entre la Universidad de La Plata y la de Pensilvania y que en Sud-América existe una corriente poderosa favorable al intercambio de profesores (1).

Por último, es dato importante de la penetración norteamericana el Congreso científico que por primera vez se ha llamado Panamericano, y que acaba de celebrarse en Santiago de Chile con asistencia de bastantes profesores de los Estados Unidos (2).

(1) Manifestaciones de esta corriente ha habido en el primer Congreso internacional de estudiantes americanos celebrado en Montevideo en 1908.

(2) No son de desdeñar, como nuevas pruebas de la misma corriente, la frecuentísima publicación de libros norteamericanos referentes á las repúblicas de tronco español y la atención que las revistas de aquel país (verbigracia, la *American Historical Review*) dedican á las obras de escritores hispanoamericanos. Véanse más adelante también los datos referentes á las lecciones de Mr. Shepherd en Columbia University.

Júzguese con estos datos de la importancia que ya tiene (y sobre todo, de la que adquirirá en breve plazo) la influencia norteamericana en los países de lengua castellana de aquel continente.

V

La influencia francesa, la alemana y la italiana

El día 30 de Noviembre de 1907, se celebró en el Colegio de Francia una reunión de profesores universitarios, á quienes hubo de convocarse poco tiempo antes por la siguiente carta:

«Señor y querido colega: Ha llamado nuestra atención lo útil que sería crear relaciones permanentes y directas entre los centros universitarios franceses y los centros universitarios de las Repúblicas latinas de la América del Sur. Debe llamarnos la atención el comprobar que, á despecho de la tradicional simpatía de esos países hacia la civilización francesa, nuestro idioma y nuestra cultura pierden en ellos todos los días algo de su preponderancia. Nos ha parecido interesante reunirnos para examinar si no procedería la formación de un grupo destinado á facilitar y á multiplicar nuestras relaciones intelectuales con esos países. Estamos seguros de que nuestra tentativa responde á una necesidad y á un deseo de los centros universitarios de la América latina. Sabemos que allí existen núcleos de investigación que nos interesa conocer. Creemos, en fin, que sería fácil crear el organismo necesario para ese objeto. Nos consideraríamos dichosos si usted pudiese asistir á la reunión que se celebrará el sábado 30 de Noviembre, á las 4'30, en el Colegio de Francia, para